

Mensaje cuatro

La revelación y experiencia del testimonio de Jesús

(1)

Lectura bíblica: Ap. 1:1-2, 9-20; 7:9-17

I. El testimonio de Jesús es los siete candeleros de oro: son de oro (divino) en naturaleza, resplandecen en medio de las tinieblas y son idénticos unos con otros—Ap. 1:1-2, 9-20:

- A. El candelero de oro representa al Dios Triuno: el Padre como la sustancia está corporificado en el Hijo, el Hijo como la corporificación se expresa por medio del Espíritu, el Espíritu se hace real de una manera plena y se expresa como las iglesias, y las iglesias son el testimonio de Jesús—Éx. 25:31-40; Zac. 4:2-10; Ap. 1:9-12.
- B. De acuerdo con el pensamiento divino, el candelero de oro es, de hecho, un árbol viviente que crece, el cual tiene cálices y flores de almendro; por lo tanto, el candelero representa al Dios Triuno corporificado en Cristo como el árbol de oro y viviente en resurrección, que crece, echa ramas y brotes, y florece en nosotros, con nosotros, por medio de nosotros y que se emite de nosotros como el fruto de la luz, el cual es bueno en naturaleza, justo en procedimiento y real en expresión, a fin de que Dios sea expresado como una realidad en nuestro andar diario—Éx. 25:31-35; Ef. 5:8-9.
- C. A fin de experimentar los candeleros de oro como el testimonio de Jesús, la expresión corporativa de Jesús (Hch. 9:4-5; 1 Co. 12:12), debemos ser llenos del Espíritu de Jesús (Hch. 16:7) al invocar el nombre del Señor Jesús continuamente (1 Co. 12:13; Ro. 10:12-13; Lm. 3:55-56), a fin de llevar las marcas de Jesús (Gá. 6:17) como hermanos y copartícipes en la tribulación, en el reino y en la perseverancia en Jesús (Ap. 1:9-10).
- D. El hecho de que el candelero fuera de oro labrado a martillo hace referencia a la participación de los creyentes en los padecimientos de Cristo; todo lo que sucede en nuestro entorno tiene como fin producir el candelero labrado a martillo—Éx. 25:31; Col. 1:24:
 1. Si nuestra mente está puesta en Dios para conocerlo, sometiéndonos a la operación interna del Espíritu y al entorno externo, toda circunstancia será una oportunidad para que nosotros lo conozcamos—Os. 6:1-3; Fil. 3:10a; Ef. 6:20; Gn. 41:42.
 2. Si un hombre no conoce a Dios durante su vida, ha desperdiciado toda su vida; que el Señor nos conceda estar dispuestos a aceptar Su disciplina en nuestras circunstancias, de modo que le conozcamos más—2 Co. 4:16-18; 12:7-9; cfr. Is. 7:14-15; 2 Co. 5:14-15.
 3. El punto crucial de este asunto es si uno encuentra o no al Señor como la gran luz en medio de las dificultades y tribulaciones; el sufrimiento puede hacernos entender lo que de otro modo no podríamos entender—1:8-9; cfr. Ef. 1:17; Lc. 1:78-79.
- E. El resplandor de los candeleros de oro tiene como propósito que las personas puedan ver la visión del Cristo glorioso quien, como el Hijo del Hombre, anda

en medio de los candeleros; al conocer al Señor en medio de las iglesias, como Aquel que vive por los siglos de los siglos, podemos estar seguros de que tenemos Su presencia en nuestro espíritu todo el tiempo; Él vive para siempre a fin de interceder por nosotros, Él se presenta ahora por nosotros ante la faz de Dios, y Él nunca nos dejará ni nos desamparará—Ap. 1:12-18; 2:1; 2 Ti. 4:22; He. 7:25; 9:24; Nm. 6:22-27; Dt. 31:6.

- F. El resplandor de las siete lámparas de los siete candeleros de oro, el hecho de que el Señor Jesús ande en medio de ellos con ojos como llama de fuego y con pies semejantes al bronce bruñido, y el hecho de que Su rostro sea como el sol cuando resplandece en su fuerza, indica que cada día necesitamos cada vez más el resplandor del Señor en nuestra vida diaria y en nuestra vida de iglesia, a fin de experimentar cada vez más Su pastoreo, salvación, restauración, avivamiento y deificación—Ap. 1:14b-15a, 16b; 4:5; 5:6; Lc. 1:78-79; 2 Co. 4:6-7; Mal. 4:2; Pr. 4:18; Sal. 22, título; 80:1, 3, 7, 14-19:
1. La luz se halla en la palabra de Dios, esto es, no en la palabra escrita de la Biblia sino en la palabra que el Espíritu nos habla en nuestro interior, la cual nos revela nuevamente la palabra de la Biblia—Ap. 2:7a; Sal. 119:105, 130; Jn. 6:63; Ef. 5:26-27; Cnt. 8:13-14; Is. 66:2, 5.
 2. La iluminación depende de la misericordia de Dios; cada vez que Dios viene y nos concede Su misericordia, la luz de Su rostro llega a ser nuestra luz, Su manifestación, nuestra visión, y Su presencia, nuestra ganancia—Ro. 9:15; Hch. 9:3-4; Is. 50:10-11; Nm. 6:25-26.
 3. Si queremos ser iluminados, debemos desear y aceptar la iluminación del Señor, disponiendo nuestro corazón para que sea sencillo al buscar únicamente al Señor con todo nuestro deseo—Sal. 139:23-24; Fil. 2:12-16; 2 Cr. 12:14; 16:12; 34:1-3; Sal. 27:8; 73:25; Lc. 11:33-36.
 4. A fin de ser iluminados, debemos abrir nuestro ser al Señor, volver nuestro corazón a Él y ponernos delante de Él sin ninguna reserva y sin retener nada; los que cierran su ser al Señor son expertos en juzgar y criticar a otros—2 Co. 3:16; Pr. 20:27; Mt. 7:1-5; Lc. 6:36-37, 41-42.
 5. Si queremos ser iluminados, debemos detener todo lo nuestro; esto significa poner fin a nuestras perspectivas, a la manera en que vemos las cosas, a nuestros sentimientos, a nuestras ideas y a nuestras opiniones; cuando una persona que se ha detenido por completo acude al Señor, puede ser extremadamente sencilla y simple en el momento de recibir la palabra del Señor—10:38-42; Jn. 11:21-28; Is. 40:31; Mt. 5:3; Lc. 18:15-17; Is. 66:1-2.
 6. Si queremos ser iluminados, no debemos argumentar con la luz del Espíritu que nos habla en nuestro interior ni tampoco debemos argumentar con la luz de los ministros del Espíritu que hablan externamente—Hch. 22:10; Cnt. 5:4-6; 2 Co. 10:3-5; 11:2-3; Nm. 16:1-7, 33-39; 17:1-8; cfr. Éx. 33:11, 14.
 7. Si queremos ser iluminados, debemos vivir continuamente en la luz—Is. 2:5; 1 Jn. 1:7; He. 9:14; 10:22; Mt. 5:3, 8, 14; Sal. 119:105; Ap. 1:20; Sal. 36:8-9.

II. El testimonio de Jesús es la gran multitud que sirve a Dios en el templo, el conjunto total de los redimidos de Dios, quienes han sido arrebatados a los cielos para disfrutar del cuidado de Dios y del pastoreo del Cordero,

lo cual incluye todas las bendiciones espirituales que podemos disfrutar hoy en los lugares celestiales y en Cristo—Ap. 7:9-17; 21:22; 3:12; Ef. 1:3; Gá. 3:14; Gn. 12:2; cfr. Ap. 21:3-4; 22:3-5; Is. 49:10:

- A. La gran multitud está compuesta por hombres de toda nación, tribu, pueblo y lengua que fueron comprados con la sangre del Cordero para que llegasen a ser los constituyentes de la iglesia—Ap. 7:9a; 5:9; Ro. 11:25; Hch. 15:14, 19; 1 Co. 6:19-20.
- B. “Éstos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus vestiduras, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”—Ap. 7:14:
 - 1. La gran tribulación se refiere aquí a las tribulaciones, persecuciones y aflicciones que los redimidos de Dios han experimentado a lo largo de los siglos—Jn. 16:33.
 - 2. La sangre del Cordero responde a todas las acusaciones que el diablo tiene contra nosotros y nos da victoria sobre él (Ap. 12:11); debido a que el Cristo redentor es una fuente abierta donde la sangre fluye para limpiar todo nuestro pecado e impureza (Zac. 13:1; Jn. 19:34), nosotros podemos sumergirnos en ese manantial, lavarnos de toda mancha de culpa (*Himnos*, #469, estrofa 1), y “[andar] ahora en luz con Dios, / El mundo queda atrás; / [y tener] un nuevo corazón / Do Cristo reina ya” (*Himnos*, #473, estrofa 3).
 - 3. Lavar nuestras vestiduras es guardar nuestra conducta limpia mediante el lavamiento de la sangre del Cordero; esto nos da derecho a disfrutar del árbol de la vida y a entrar en la ciudad de vida como la esfera de las bendiciones eternas de Dios—1 Jn. 1:7; Ap. 22:14.
- C. La gran multitud está compuesta por aquellos que estaban de pie delante del trono y del Cordero con palmas en sus manos—7:9b:
 - 1. Las palmas representan nuestra victoria sobre la tribulación, por la cual hemos pasado por amor del Señor, y también son señal de la satisfacción que obtenemos al ser regados con agua—v. 14; cfr. Jn. 12:13; Éx. 15:27.
 - 2. Al estar en el Dios Triuno como el templo de Dios, nosotros serviremos a Dios día y noche para disfrutarlo como la eterna Fiesta de los Tabernáculos y para florecer como la palmera—Ap. 7:15a; 3:12; Lv. 23:40; Neh. 8:15; Sal. 92:12-13; Jn. 7:2, 37-38; Ro. 1:9; Col. 2:19.
 - 3. Nuestro servicio hoy en el tiempo es una preparación para nuestro servicio en la eternidad; la única meta que Dios tiene en el tiempo es impartirse en nosotros cada día; cuando Dios entra en nosotros y sale de nosotros, eso es servicio—Mt. 25:19-23; Jn. 7:37-39.
- D. No tendremos más hambre ni sed—Ap. 7:16a:
 - 1. Tener hambre y sed significa tener una esperanza que aún no ha sido satisfecha; Cristo promete que todos los que crean en Él serán satisfechos y lo recibirán como la vida que los satisface—Jn. 6:35.
 - 2. Contactar a Dios el Espíritu en nuestro espíritu es beber del agua viva, y beber del agua viva es rendirle a Dios la verdadera adoración—4:13-14, 23-24.
- E. El sol que abate y el calor abrasador no caerá sobre nosotros—Ap. 7:16b:

1. El Cordero-Dios que está sentado en el trono extenderá tabernáculo sobre nosotros, cubriéndonos con Su sombra—v. 15b; 2 Co. 12:9.
 2. Hay una sola clase de vida que está bajo la sombra de Dios: la vida que está escondida en Dios—Sal. 36:7-9; Ef. 6:17; Sal. 91:1; 17:8; 57:1; Rt. 2:12; Col. 3:3.
 3. Cristo como Jehová y también como hombre es el Rey que provee el suministro, cuida y cubre al pueblo de Dios; Él es el Rey que gobierna y un hombre que es como un escondedero contra el viento y un refugio contra la tormenta, como arroyos de agua en tierra seca y como sombra de gran peñasco en tierra árida—Is. 32:1-2.
- F. El Cordero que está en medio del trono nos pastoreará y nos guiará a fuentes de agua de vida—Ap. 7:17a:
1. Pastorear incluye alimentar; bajo el pastoreo de Cristo “nada me faltará”—Sal. 23:1.
 2. Nunca podremos reformatos a nosotros mismos, y necesitamos a un pastor que nos alimente continuamente; Él apacienta los corderos con Su experiencia como el Cordero de Dios que está en el trono de Dios en la casa de Dios y a favor de la casa de Dios—vs. 2-6; Ap. 22:1.
- G. Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos—7:17b:
1. Derramar lágrimas es inevitable en esta era; no obstante, nuestras lágrimas son puestas en el redoma de Dios y ellas están en Su libro—He. 5:7; Hch. 20:19, 31; Sal. 56:8; cfr. Mal. 3:16.
 2. Puesto que el Cordero nos suministra aguas de vida para nuestra satisfacción, el agua de las lágrimas es enjugada—Jer. 9:1; 2:13; cfr. 15:16; Lm. 3:21-25, 55-56.
 3. Gracias a Dios, los días de tristeza y los motivos de tristeza no durarán; el mundo pasa, y nosotros tenemos la bendición de beber del Dios Triuno que fluye al grado en que llegaremos a ser el total de la vida eterna, la Nueva Jerusalén—Jn. 4:14b.